

EL IMPARCIAL

DIARIO LIBERAL

FUNDADO POR D. EDUARDO GASSET Y ARTIME

MADRID.—JUEVES 6 DE ENERO DE 1891

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid, UNA peseta al mes.
 Provincias, 6 pesetas trimestre; 10 semestre.
 Portugal, 7,50 id.
 Naciones comprendidas en la Unión postal... 10 pesetas trimestre.
 Naciones no comprendidas y posesiones de América y Asia... 15 id. id.
 Toda la correspondencia y giros deben dirigirse al

ADMINISTRADOR DE "EL IMPARCIAL"

31, Calle de Mesonero Romanos, 31

EL JUICIO DE RESIDENCIA

Corto, pero sustancioso y sin género alguno de desperdicios, es el artículo, que, con título igual al que encabeza las presentes líneas, publicó anoche *El Correo*.

Nuestro colega ha oído a personas prudentes, conocedoras de los negocios públicos, preguntar la razón por la que, a fin de terminar discusiones sobre la conducta del general Weyler, no se abre para este señor el juicio de residencia.

También ha oído *El Correo* a otras personas decir que el juicio de residencia ha caído en desuso. El último juicio de esta especie que se cita fué abierto para el general Terrero, precisamente a instancia de este pundonorosísimo general.

El periódico liberal recuerda que al quejarse el general Weyler de las censuras de que era objeto su conducta, el gobierno, por medio de uno de sus miembros más caracterizados, le indicó la manera más segura de rectificar la opinión y de sincerarse de todo género de acusaciones. Tal recurso no era otro sino el de pedir el juicio de residencia. En ese caso el gobierno abriría inmediatamente dicho juicio.

«Estos son datos—escribe para terminar su artículo *El Correo*—que conviene conozca la opinión pública para apreciar la conducta del general, la del gobierno y el desenvolvimiento que necesariamente tendrá en el porvenir esta cuestión».

No parece muy bien, y creemos que así parecerá a la inmensa mayoría de los españoles, las indicaciones citadas. Solamente se nos ocurre una objeción: la de que por ahí se hubiera debido empezar.

No es preciso para el juicio de residencia establecido con tanta sabiduría por las leyes de Indias que el interesado lo solicite. Puede y debe abrir ese juicio el gobierno.

El abandono de una facultad no se ha de confundir con el desuso, que traen, mediante la presión social, hábitos y costumbres. Aparte de que no se halla tan lejano el caso del general Terrero, citado por nuestro colega, nadie vendrá a decir que una ley incumplida es una ley derogada.

Si el gobierno conceptúa que las circunstancias extraordinarias, en que el general Weyler ha ejercido y dejado el mando de Cuba, pidan que a este señor se le residence en bien de los intereses patrios y hasta de la fama del general mismo, no es de suponer que se detenga ante escrúpulos tan fantásticos como serían los relativos a la fuerza legal de semejante medida.

Adoptada ésta en los momentos mismos en que pisaba la tierra peninsular el exgobernador general de Cuba, habría despedido mucho la cuestión. Ahora es un poco tardía, y como quiera que se vuelve hacia ella la vista después de incurrir estérilmente un proceso contra el citado general por la publicación del manifiesto, va a antojarse a mucha gente ser un acto de intención política y parcial lo que debió ser desde luego tributo pagado a las prácticas de buena administración, a la ley y a la justicia.

Así y todo, para el prestigio de España ante el extranjero y para el del general Weyler ante los españoles, el juicio de residencia sería muy conveniente, siquiera hubiese sido de muy superior efecto moral si con toda oportunidad se hubiera abierto.

Sin duda el exgobernador general de Cuba no se mostró gustoso de que le residenciaran, porque venía cansado y el juicio habría de proporcionarle inevitables molestias. Mas ahora que ya ha entrado en descanso y hasta se muestra propicio a tomar parte más activa en la vida pública, sentiráse bien dispuesto hacia esa purificadora medida, por la cual pasaron satisfechos otros generales de gloriosa historia.

Confiamos, pues, en saber muy pronto que D. Valeriano Weyler ha pedido por sí

mismo y en vista de las indicaciones de la prensa ministerial, que el juicio de residencia se abra para él y quede del todo acrisolada su administración de los negocios de la grande Antilla.

Y en último resultado, si el general no se apresurase a reclamar resolución tan benéfica, el gobierno debe hacerle ese favor.

DESDE LA HABANA

(Por el cable)

(De nuestro redactor-corresponsal)

HABANA 5

Ataque a Niquero

Los rebeldes han pretendido entrar en Niquero, poblado de la jurisdicción de Manzanillo.

El enemigo envió un parlamentario al destacamento que guarnecía el fuerte de Niquero intimando la rendición.

«Traemos—dijo el parlamentario—excelente artillería; si no os entregáis rompemos el fuego y destruiremos en dos horas vuestras defensas».

Las fuerzas leales respondieron que no se rendirían jamás y rompieron el fuego contra las partidas insurrectas, que aprovechando la tregua a que dió origen la aproximación del parlamentario, emplazaban su artillería.

Lograron los rebeldes colocar sus cañones, y con ellos hicieron 50 disparos, pero el fuego de fusilería de nuestros soldados fué tan certero, que el enemigo, con artillería y todo, levantó el cerco y se dió a la fuga.

De Niquero salió un grupo de soldados que persiguió a las partidas insurrectas, causando algunas bajas.

Nosotros tuvimos dos muertos y un herido, que nos causó uno de los cañones. Dice que las piezas de los separatistas estaban servidas por oficiales norteamericanos.

El general Pando

Ha salido ayer para Puerto-Príncipe, desde donde se dirigirá al Cauto para ponerse al frente de las tropas que operan en el departamento Oriental.

DOMINGO BLANCO.

GACETA DE PARIS

Lunes 3.

En su folletón semanal Mr. Sarcey se ocupa de *Tierra baja*. El crítico del *Temps*, después de haber asistido a la segunda representación, confiesa que en París no se está muy al corriente de la literatura traspirenaica, habiendo conocido la existencia del Sr. Guimera y de otros escritores catalanes por la conferencia de Mr. Bertal. En opinión de Mr. Sarcey, *Tierra baja* no es obra que debe desdenarse, ni mucho menos. Resulta demasiado fuerte para el paladar francés, pero hay en ella una escena hermosa, de concepción notable y de superior ejecución. Para mí—dice—constituye toda la obra».

Luego Mr. Sarcey revela la impresión que nos produjo a muchos el personaje de D. Sebastián. ¿Es culpa del traductor? ¿Resulta lo mismo en el original? El caso es que Mr. Sarcey ha creído que en Cataluña el señor es dueño absoluto de las personas y de las haciendas; sus vasallos son siervos y puede disponer caprichosamente de su fortuna, de su honor y de sus vidas. Esta particularidad—agrega el crítico francés—que choca algo con nuestras ideas y costumbres, un autor catalán no tenía para qué explicárselo escribiendo para catalanes; pero a nosotros nos cuesta trabajo admitir eso de que una civilización primitiva y ruda, detalle sobre el que reposa toda la obra».

La escena culminante en que Marta excita los celos de Manlic hasta que la maltrata e hiero, con lo cual la joven espera rescatarse

falta y lavar la mancha, revela una psicología complicada y cándida a la vez, refinada y bárbara, pero altamente original. Lafontaine hubiese dicho, refiriéndose al alma de Marta, que era aún más grande que loca: un alma española».

Por último, Mr. Sarcey, con otros muchos, estima que el tercer acto es de tono subido de melodrama; pero, al cabo con un ligero arreglo podría *Tierra baja* representarse en un teatro formal».

Lo malo es que los teatros formales de París no quieren obras españolas. Para la «Societé d'Auteurs Dramatiques», aún hay Pirineos.

En cambio, el Consejo municipal acaba de conceder a un español, el Sr. Oller, la explotación durante quince años del pabellón del Hortloge, a la entrada de los Campos Elíseos. Allí renacerá el Jardín de París, que arrasaron las obras de la Exposición; y desde el mes de Mayo será el punto de reunión del mundo alegre. El Sr. Oller le abonará a la villa de París un canon anual de 50.000 francos, y además 6 por 100 sobre el producto bruto a partir de 300.000 francos, y 10 por 100 cuando pase de cuatrocientos mil.

La vida normal y animada de París no se renana hasta pasada la Pascua de Reyes. A falta de otras noticias más importantes, la prensa reproduce y comenta el memorial del general Weyler. Decir que los comentarios son benévolos para el excapitán general de Cuba, sería faltar a la verdad. Algunos son agresivos, todos son severos. Lo más triste es que con motivo de la actitud del general Weyler vuelve a estamparse la palabra *pronunciamento*, que hasta años no se leía en los periódicos franceses. Cualquier amigo leal le haría gran servicio presentándole el juicio de Europa manifestado por sus diarios.

Los de Alemania nos traen noticias del príncipe de Bismarck, a quien antaño se le dijo aquí por muerto. El príncipe vive; pero sufriendo. Los médicos le han prohibido todo trabajo intelectual y todo alimento ó bebida excitante. El excañiller padece pertinaz insomnio, que le debilita y agota la tensión nerviosa. Acostumbrado a una vida activa al aire libre, no puede vivir confinado en el estrecho de un cuarto caldeado. El reumatismo se le ha fijado en una pierna; y las neuralgias faciales colman su tormento.

Bismarck sufre bastante resignado sus pleas de viejo. «Cuando se tiene ochenta y tres años no es vergonzoso estar algo cacocúmico», dice sonriendo. No importa; siempre es triste ver un gran hombre morir así, a pedazos.

L. ARZUBIADA.

EL PROCESO WEYLER

Fallo absolutorio

El Consejo Supremo de Guerra y Marina celebró ayer nueva sesión y en ella se dió lectura al informe de los fiscales togados acerca de la protesta del general Weyler contra algunos párrafos del mensaje de Mac-Kinley.

El dictamen fiscal estima que no incurrirí el general Weyler en ninguno de los delitos calificados en el Código de justicia militar.

En su consecuencia el fiscal propuso que no se procediera contra el excapitán general de Cuba.

El Consejo, después de larga deliberación, acordó, de conformidad con el dictamen fiscal, que no hay motivo alguno para proceder por ningún medio legal contra el jnrarqués de Tenerrife.

De este acuerdo se dió inmediatamente traslado al ministro de la Guerra, el cual, sin pérdida de tiempo, dió cuenta de él al Sr. Sagasta.

El gobierno

La noticia de lo ocurrido causó grande sorpresa. Todo el mundo recordaba que en la nota oficial del último Consejo de ministros se dió que el ministro de la Guerra entendía que en el documento firmado por el general Weyler se incurría en varios delitos».

El fallo del Supremo de Guerra será examinado en el próximo Consejo de ministros. Algún periódico indica que dicho fallo versa solo sobre el texto de la protesta y no sobre su publicación, y que por ésta es posible que el comandante general de este cuerpo de ejército imponga alguna corrección disciplinaria al general Weyler. Pero nos parece que si ese fuese

el criterio del gobierno, lo habría aplicado a raíz de la publicación sin molestarse en esclarecimientos que sobradamente sabía todo el mundo que no habían de dar claridad.

SE VE IGUAL DESDE TODOS LADOS

No deja de tener migra el artículo que *El Siglo Futuro* dedica al examen del estado de los republicanos.

Descartado el coeficiente de pasión secreta que el mencionado periódico pone en cuanto dice acerca de lo que no se halla en su estrecho campo, hay observaciones muy exactas fundadas en la realidad. Una de ellas es la de la inutilidad de los esfuerzos hechos por los grupos más avanzados del republicanismo para atraerse las masas populares.

En efecto, los avances socialistas de los elementos de las clases medias que en el republicanismo militan han sido acogidos con indiferencia ó desdén por los obreros a quienes iban dirigidos. Ven éstos detrás de cada republicano, que teatralmente les abre los brazos, un burgués, quien falta de fuerzas para llegar a donde llegaron muchos de su clase, búscalas en el pueblo, y según observa el diario tradicionalista, se burlan de sus apesentidos.

Copia *El Siglo Futuro* lo que republicanos convencidos han dicho de la anulación de su partido y de su carencia de fuerza social, y añade, por su cuenta, que el republicanismo desaparece, porque los partidos liberales monárquicos han «vaciado en el saco sin fondo de sus programas» cuanto prometía aquél, quien era no ofrece a las gentes sin fe y sin alientos ni siquiera el estímulo de la novedad».

«Gloria es esta—añade—que nadie podrá disputar al Sr. Cánovas y al Sr. Sagasta, amorosamente amparados por la cohertera y sustentáculo de las libertades de perdición impuestas a nuestra patria, y que por sus pasos contados han llegado a su completo estado de sazón y madurez. A manos suyas han muerto los partidos republicanos; pero entiéndase bien: murieron los partidos, después que triunfan en toda la línea de sus horrores, desde la libertad de cátedra hasta la autonomía antillana, que es la mayor de las vergüenzas, y murieron exhaustos, porque en la delicada operación de la transmisión de la sangre, los liberales no han perdonado ni una gota siquiera de la de los republicanos».

El Siglo Futuro observa, por último, ser natural y lógico que estos anden por ahí como ánima en pena ensayando toda clase de posturas para despertar el interés público sin lograrlo.

Y, a la verdad, el hecho es de tanto bulto que, según se comprueba con las copiadas líneas, se percibe muy bien a todas las distancias.

LA MUERTE DE RUIZ

Relato oficial

Digimos ayer que en el ministerio de Ultramar se había recibido una carta dando pormenores del asesinato del bravo teniente coronel Ruiz.

Dice la carta que días antes de salir el señor Ruiz al campo insurrecto, trataron de disuadirle personas hasta las cuales llegó la noticia de su propósito.

El teniente coronel Ruiz esperaba entretanto respuesta a una carta que había escrito al cabecilla Aranguren, antiguo subordinado suyo en el Canal de Venlo.

Llegó la respuesta y en ella... según la carta recibida por el ministro de Ultramar, aconsejaba el jefe rebelde al Sr. Ruiz que desistiese de su idea.

Entonces el Sr. Ruiz escribió de nuevo, y fué citado por Aranguren para el día siguiente.

Al presentarse el malogrado teniente coronel en el lugar de la cita, ya le esperaba el

citado cabecilla, rodeado de algunos de los suyos.

Ruiz iba a caballo, y en el instante preciso de apearse recibió por la espalda un terrible golpe de machete, que solo le dejó tiempo para pronunciar la frase siguiente:

«¿Qué es eso?»
 Los informes que posea el Sr. Morat no concuerdan si Aranguren pudo ó no impedir este cruel asesinato, ni si castigó al bandido cobarde que lo realizara.

Lo que sí sabemos es que en el mismo sitio del asesinato fué enterrado el cadáver de aquella víctima de la paz.

Pormenores completos

Otra carta recibida anteaayer en Madrid, y escrita por persona de la intimidad del infortunado jefe de ingenieros, dice:

Desde que llegó Blanco y le puso a sus órdenes, empezó Ruiz a trabajar la presentación de algunas partidas, empleando su influencia personal, su inteligente actividad y hasta su propio dinero en estos trabajos. Aranguren respondió a sus gestiones, al parecer, con entera buena fe, mediando entre ellos recados y hasta cinco cartas del cabecilla, decididamente la celebración de una conferencia en la finca Tumbacuatro, cerca de Campoflorido.

Fijado el día 10 de este mes (Diciembre) para la conferencia, acudió a ella Ruiz, acompañado de su ordenanza y un práctico. Esperó dos horas y se retiró al convencerse de que el cabecilla no acudía.

Volvió a la Habana, y por la tarde recibió nueva carta de Aranguren, en que le citaba para las doce del día siguiente en las proximidades del ingenio San Miguel. Ruiz me enseñó esta carta, y dudando yo, no sé por qué, le prevení que tuviese cuidado, pues sin darme cuenta de la razón, desconfiaba del éxito.

Me tranquilizó, y sin decir na le salió en la madrugada del lunes con dos prácticos, uno blanco y otro negro. Se sabe que Aranguren y Ruiz se encontraron, que se saludaron afectuosamente y que después de hablar brevemente salieron todos (el cabecilla con otros dos prácticos) en dirección de las lomas de Tapasto.

En Campoflorido esperaban todos la vuelta de Ruiz aquel día acompañado de la partida de Aranguren, fuerte de unos sesenta cincuenta hombres.

Ruiz, de uniforme, con Aranguren y los cuatro prácticos llegaron al campamento de éste a las tres y media de la tarde. Al apearse Ruiz del caballo y poner el pie en tierra recibió un tremendo machetazo, y exclamó con voz vibrante: «¿Qué es esto?» no pronunciando más palabras, pues en el acto le remataron. Aranguren estaba presente, y cuando terminó la infame tarea, dispuso lo enterrasen.

Esto fué referido por un oficial insurrecto al canchiller del consulado americano y a otro comisionado que fueron al campo rebelde con una carta del coronel Leo en que se pedía que entregasen al prisionero inmediatamente.

El oficial insurrecto... protestó del hecho al hablar con los comisionados y los dió un salvoconducto y un documento firmado por él en que constaba la ejecución de Ruiz, entregándoles también los yugos y botón que éste llevaba puestos en la camisa. Había verdadera efervescencia en el campo insurrecto, y a las tres de la mañana les avisó el mismo oficial previniéndoles se marchasen al momento, pues estaba para llegar Aranguren y temía por su vida. Añadieron, por último, que oyeron protestar del hecho cometido.

Posteriormente se tuvo aquí una confidencia particular, asegurando que uno de los cabecillas (de mayor graduación que Aranguren) había escrito a la Habana diciendo, entre otras cosas: «que era una verdadera infamia la que se había cometido y la mayor desdicha que había estallado la guerra; que él cumpliría hoy lo que creía su deber; pero que al terminar la guerra ¿variar las circunstancias mataría al villano asesino Aranguren».

Después de la salida de Ruiz se supo también que Aranguren estaba vigilado y que se sospechaba de él; de modo que trató de rehabilitarse entre los suyos ideando y cometiendo su infamia.

¡Pobres Ruiz! ¡Verdadero mártir!

Honras en San Francisco

Parece que en breve se celebrarán solemnes exequias fúnebres en el templo de San Francisco el Grande por el descanso eterno del teniente coronel Ruiz.

XII

Vanda llegaba, con efecto, de Londres. Ni siquiera había pasado por el hotelito en que siempre habitaba en la avenida Marignan. Desde la estación del ferrocarril había venido directamente en coche hasta la entrada de la calle de Morny.
 Allí despidió el carruaje y continuó a pie su camino.
 Entre los congregados reinaba el mayor silencio.
 Se esperaban con ansiedad las revelaciones que había hecho concebir.
 —Rocamble—dijo,—preso cuando marchamos, se hizo poner en libertad al día siguiente bajo fianza. Después desapareció de Londres por espacio de algunos días, y le fué imposible a la policía inglesa encontrar sus huellas.
 —Y esas huellas, ¿las habéis encontrado vos?—preguntó Milton.
 —Sí.
 —En Londres?
 —En Londres—dijo Vanda.—En ocho días abité sucesivamente en todos los hoteles franceses de la capital, desde Sabloniere hasta Sautonhotel.
 —No—me dije un día,—no es por aquí por donde le encontrará.
 Y me dirigí al barrio de los Docks, hacia Saint-George-Street.
 En lugar de hospedarme en un hotel, alquité un cuartito en la esquina de Old Gravel-Lane.
 Como yo hablo el inglés como una inglesa, me disfracé de mujer del pueblo.
 Durante el día andaba por las calles y por la noche entraba en las public-houses y las tabernas.
 Yo vivía en un piso segundo.
 En el otro cuarto superior habitaba una familia compuesta de un padre y una hija.
 El padre era un hombre silencioso y sombrio.
 La hija era una hermosa criatura que convalencia de una larga y dolorosa enfermedad.
 Yo la veía pasar con frecuencia por delante de mi puerta, que dejaba abierta a causa del calor.
 De ese modo acabamos por dirigirnos sonrisas.
 Y luego hicimos conocimiento.
 —¿Habéis estado muy enferma?—le dije un día.
 —Ciel moirme—me respondió.—Un enviado de Dios me lo salvó.
 —¿Un médico?
 —Sí.
 —¿Inglés?
 —No se sabe. Hay quien dice que es inglés; pero todo lo que sé es que le llaman el hombre gris.
 —¿Ahí

Entonces la joven me refirió que el médico misterioso la había conducido a una casa de Hampstead, donde la sometió a un tratamiento especial de emanaciones de brea.
 Después añadió:
 —Tenemos su retrato.
 —¿Dónde?
 —Arriba, en nuestra habitación.
 —¿Queréis enseñármelo?
 —¡Oh! con toda el alma.
 Yo la seguí.
 Me hizo entrar en su cuarto.
 En cuanto puse los ojos sobre un retrato, una fotografía muy mala y pequeña, lancé un grito de alegría.
 Había reconocido a Rocamble.
 A partir de aquel momento, y merced a las indicaciones que me facilitaron el padre y la hija, yo le he seguido, por decirlo así, paso a paso.
 Encontré a casi todos los hombres que le han servido, y con los cuales había conseguido hacer un perfecto ejército.
 He visto cuál era su fin, la lucha en que se había empeñado y las victorias que conseguía.
 Hace tres semanas él ha embarcado para Francia un niño irlandés en quien los fenianos veían su jefe futuro.
 Con ese niño fué un hombre llamado Shekin, el cual debo hallarse en París, y que seguramente posee todos los secretos del hombre gris.
 —Acaso eso sea mi inglés—dijo Milton.
 —Una vez embarcados ese hombre y el niño—prosiguió Vanda,—Rocamble se ha quedado en Londres.
 Una noche se embarcó en una lancha junto al puente de Westminster.
 Y desde entonces no se le ha vuelto a ver.
 Por lo demás, él había anunciado que acaso no volviera.
 Desde entonces mis esfuerzos para hallar la huella de sus pasos han sido inútiles.
 —¿Habrá muerto!—murmuró Milton.
 —Marmouset se encogió de hombros.
 —Rocamble no muere—dijo.
 —Yo abrigo también esa convicción—dijo Vanda.—Solo que dónde está?
 —¿Habrá venido a París?—indicó la Camarade.
 —Eso es lo que me digo algunas veces—añadió Juan el Verdugo.
 —Si estuviese en París, le habríamos visto—dijo Marmouset.
 La esperanza renacia en el corazón de Milton...
 —¡Ah!—dijo éste,—me acuerdo que cuando nos desesperábamos hace cuatro años un hombre me dió un golpe en el hombro yado yo por la calle, y me dijo:
 —¡Maldició solo mueren los hombres cuya tarea ha concluido.

bres destacábanse con más relieve en la oscuridad, y pronto se les pudo ver más claramente, notándose que uno de ellos tenía una estatura colosal.
 —Ese debe ser Milton—pensó el joven.
 Los dos hombres sólo estaban a poca distancia de él.
 Uno de ellos decía:
 —Entonces, patrón, ¿no es posible contar con vos esta noche?
 —No.
 —¿Sin ningún pretexto?
 —A menos que el inglés que vino anoche no vuelva.
 —¿Vais siempre al mismo sitio?
 —Siempre.
 —Entonces, ¿puedo irme?
 —Sí. Buenas noches.
 Y el más pequeño de los dos volvió la espalda y descendió hacia la parte de los Campos Elíseos, mientras el coloso continuaba su camino.
 Entonces el joven abandonó su improvisado escondrijo y avanzó algunos pasos hacia él.
 —¿Quién va?—dijo el coloso.
 —Eres tú, Milton?
 —Sí, señor; ¡ah! dispensadme, no os conocía, señor Marmouset.
 —Está muy oscuro y por lo tanto es excusable que no me hayáis conocido.
 Y Marmouset, pues era el propio y antiguo discípulo de Rocamble, tendió la mano a Milton, el antiguo y fiel servidor del maestro.
 —¿Ya lo veis—dijo Milton,—soy exacto a la cita mensual.
 —También yo—añadió Marmouset.
 —Y estoy seguro de que nadie faltará—repuso Milton.
 —Excepto Vanda, tal vez.
 —¿Por qué?
 —Porque la he mandado ir a Inglaterra.
 Marmouset cogió del brazo a Milton.
 —Acaso ella le encuentre—añadió.
 Milton movió la cabeza.
 Después de voz conmovida dijo:
 —¡Ah! tengo miedo de que el maestro haya muerto.
 Marmouset se encogió de hombros.
 —Lo mismo decías hace cuatro años cuando al maestro estaba en la India.
 —Es verdad.
 —Y el maestro ha vuelto.
 —Es verdad también. Pero ya conocéis el proverbio que dice: «Tanto va el cántaro a la fuente...»
 —¿Se rompe no es cierto?
 —Sí—dijo Marmouset,—pero observo que no eres respetuoso comparando a Rocamble con un cántaro...
 —Dispensadme—balbuceó Milton muy confundido,—por más que yo quiero hacerlo bien, resultará siempre que no soy más que un bestia.
 —Olvidas acaso que ese demonio de hom-

bre juega con la muerte con la sonrisa en los labios?—dijo Marmouset.
 —A pesar de todo, la verdad es que no tenemos noticias suyas.
 —Es cierto.
 —Desde hace más de seis meses.
 —Es verdad.
 —Y sin embargo, de Londres a París la distancia no es larga... y si el maestro no nos dió señal alguna de vida...
 —Será que tiene sus razones para ello—dijo Marmouset.—Pero, ahora que recuerdo, hace poco hablabas de un inglés...
 —¿Ahí sí—dijo Milton.
 —¿Y qué es eso?
 —Voy a deciroslo.
 Habían seguido andando, y de pronto se detuvieron delante de un terreno cercado.
 Milton introdujo la mano por entre dos tablas y abrió un portillo.
 —No somos los primeros—dijo.
 Y entró en el solar.
 Marmouset, que le seguía dijo:
 —Veamos quién es ese inglés.
 X
 Milton colocó nuevamente la tabla que había arrancado.
 Hecho esto, dijo a Marmouset, que caminaba a su lado:
 —Hace ocho días vino a mi casa un inglés. Pero no era un lord, ni un gentileman, ni un hombre bien vestido siquiera.
 Era un pobre diablo que andaba con las botas rotas, llevaba un sombrero deteriorado y carecía de camisa, ocultándole con un levitón abrochado hasta la barba.
 Pensé que era un mendigo, y me dispuse a darle un franco.
 El lo rechazó, diciéndome:
 —No es a eso a lo que vengo.
 Como le costaba mucho trabajo hablar en francés, yo le hablé en inglés.
 Entonces me refirió que había sido robado a su llegada a París y que había perdido una carta y otros documentos.
 Añadió que esa carta era una letra de crédito para un señor Milton de París, que le había sido entregada por el hombre gris.
 —¿Conocéis a alguno que tenga este nombre?
 —No—dijo Marmouset.
 —Ni yo tampoco. Sin embargo...
 —¿Cuándo se marchó ese pobre diablo, pensó en si el maestro él que con el hombre gris formo una sola persona...
 —¿Qué es lo que le hace suponer eso?
 —Pues que el inglés me dijo que era un francés, y que esa con la libertad de Irlanda; que es admirable, cuyas empresas sie-